NUM. 34. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.: seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 21 DE AGOSTO DE 1864. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs; un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.

Respetables lectores: han de saber ustedes que nosotros hemos estado ausentes de Madrid en la última semana y por consiguiente podemos decir lo que aquel escribano en la zarzuela *Frasquito*: aseguro á usted que nada he visto.—Pero caballero.... le decia el ama de la casa.—Señora, continuaba el escribano interrumpiéndola, doy fe de que nada he visto.—Pero dígame usted...—No puedo decir nada: lo único que puedo afirmar es que nada he visto. Con que, ya lo saben ustedes, no hay que preguntarnos sobre lo que en Madrid haya podido pasar en los últimos ocho dias, porque no hemos visto nada.

Sabemos sin embargo todo lo ocurrido dentro y fuera de la capital de España y lo sabemos mas por obligacion que por devocion que tengamos á esto de saber noticias. Nuestra situacion de revisteros nos obliga á informarnos, y donde quiera que nos hallemos consultamos siempre los mejores datos y las fuentes mas puras para poner á los lectores de El Museo al corriente de los sucesos pasados. Es verdad que somos como el mono de maese Pedro que sabia todo lo pasado, pero acertaba muy poco en cuanto á lo presente y nada respecto del porvenir: pero nadie nos pide que le digamos lo que ocurrirá ni lo que ocurre, sino lo que ha ocurrido, y asi no necesitamos salirnos de nuestra esfera de cronistas.

En virtud, pues, de las esquisitas investigaciones que hemos hecho y de las noticias que nos hemos proporcionado, podemos decir que hace unos ocho dias y ante una numerosísima concurrencia se verificó la salida de un hombre eminente, de un grande artista que habia estado dando que hablar y siendo el blanco de la curiosidad universal por espacio de algunos meses. Su voz sonora, armoniosa y llena de bravura penetró hasta lo mas íntimo de los corazones, y fue saludada con entusiastas aplausos y vítores por un público amigo, que recuerda con placer sus triunfos de otro tiempo y espera vérselos conseguir cada vez mayores.

Ya se supondrá que hablamos del gran tenor Tamberlick. De todas las salidas mas ó menos artísticas que se han verificado en la última semana, y han sido tres, la de Tamberlick es tal vez la mas notable y desde luego la que mas ha gustado segun las noticias que de los mejores orígenes hemos recibido. Nuestros lectores recordarán que Tamberlick ha cantado varias veces en nuestra península, asi en Madrid como en Barcelona y Lisboa. En San Petersburgo, donde ha pasado varios años, era la gran notabilidad de la córte rusa, y aun creemos que tuvo los honores de capitan general, porque sabido es que en aquella córte todos los grandes personajes son generales. Los últimos recuerdos que dejó en España no se han borrado aun de la memoria de los asistentes al teatro de Jovellanos, donde hace seis años cantó el *Otello*. El público deseaba pues oirle en el *Poliuto* y le oyó en efecto con grande y mutua de satisfaccion en el teatro de los Campos Elíseos. Tan luego como se presentó en las tablas recibió una muestra inequívoca del favor popular en una nutrida salva de aplausos. Despues, en la romanza del primer acto se le hizo salir tres veces á la escena, en el *Credo* volvió á recibir otras tres salvas y en el duo del tercer acto salió cuatro veces á ser aplaudido. No puede pedirse mas como resultado de una primera salida; y esto indica que cuando vuelva á presentarse en escena, el entusiasmo será aun mayor, y los billetes subirán de precio.

Se ha verificado el 15 en San Sebastian la inauguracion del camino de hierro del Norte, ya enteramente concluido. El 14 salieron de Madrid los convidados y entre ellos los que representaban á El Museo Universal. Estos nos remitirán en breve los dibujos y descripciones convenientes que serán lo mas pronto posible puestos á la vista del lector en nuestras columnas. La prensa toda ha estado representada en la inauguracion: no asi en el banquete, pero esto no ha sido por culpa de la empresa. Algunos de nuestros colegas han llegado hasta Paris donde han visto las fiestas de San Napoleon y luego se han alargado hasta Versalles, donde han presenciado los juegos de aguas y las otras fiestas de la córte francesa. Deseámosles pronta vuelta.

Por aquí no dejamos tambien de tener fiestas. La Vírgen de agosto es muy celebrada en algunos pueblos de Castilla la Nueva, donde en ese dia terminan las faenas de la cosecha; y el señor San Roque recibe un culto muy devoto en otros. Solemnízanse estas fiestas con procesion, iluminaciones, algo de pólvora, teatro donde hay local á propósito, bailes y sobre todo novilladas.

Nosotros hemos presenciado este año las fiestas de Chinchon que han durado tres dias. Chinchon es un gran pueblo, célebre en los anales antiguos y modernos. En lo antiguo estaba sujeto á unos condes cuyo castillo hoy arruinado parece como que todavía pretende sostener sus pretensiones de dominacion. Al verle desde el pretil de la iglesia en una noche de luna parece el gigante del feudalismo frunciendo el ceño y lanzando sombrías miradas sobre la poblacion que hormiguea á sus plantas. Sus nobles piedras sirven, hoy una, mañana otra, para construcciones plebeyas: *sic transit gloria mundi*; pero su descarnado esqueleto aun se sostiene erguido y amenazador.

Chinchon padeció mucho en la guerra de la independencia, en que sus hijos dieron muestras de una decision heróica y en ocasiones un tanto feroz. Los franceses ejercieron con este pueblo las atrocidades que solian en los puntos en que hallaban resistencia y hoy se conservan aun las señales de aquellos desastres. En 1820 y en la última época constitucional se distinguieron tambien muchos de sus vecinos por el entusiasmo con que sostuvieron la causa de la libertad; y algunos de ellos, en 1823 á no haber tenido la fortuna de pasar por ladrones, hubieran perecido en Madrid hechos pedazos á manos de los defensores del altar y del trono. La cosa merece contarse, aunque nunca podremos hacerlo con la graciosa sencillez con que se la oimos á una de las mismas víctimas.

Hallándose en Madrid dos hermanos, nacionales de Chinchon, fueron conocidos por *negros* y acometidos por una multitud furiosa y armada que les ocasionó varias heridas graves. En este estado fueron llevados á la prevencion de una guardia de franceses y encerrados en un oscuro calabozo. Una hora despues de estar allí sintieron abrir la puerta y que una persona bajaba con precaucion.—¿Hay alguien abajo? gritó esta persona.—Sí, señor, aquí estamos dos, contestaron ellos.—¿Quiénes sois vosotros? volvió á preguntar entrando ya en el calabozo el recien llegado.—Dos nacionales que acaban de traer aquí.—Pues yo soy el que llaman el *Fraile*.

—Muy señor nuestro: es decir que éramos dos y ahora somos tres, dos nacionales y un fraile.

El Fraile era un famoso ladron, muy respetado en aquel tiempo en todas las cárceles, y muy conocido en todos los juzgados y audiencias de la península. Contóles que estando robando en una casa, acababa de ser cogido *in fraganti*, y les dijo que no tuvieran cuidado, que mientras él estuviera á su lado no se les haria el menor daño.

Algo consolados con la poderosa proteccion del Fraile nuestros dos hermanos, esperaron el nuevo dia, en el cual entre dos filas de soldados franceses, se mandó salir á los tres para ser conducidos á la cárcel de córte. Cuando ya llegaban cerca de este edificio, la multitud al grito de ¡*á ellos que son negros*! se precipitó sobre la tropa que los custodiaba, la arrolló y se apoderó de sus víctimas. Pero en el momento en que iba á sacrificarlas á su furor, una mujer gritó: *Dejad á ese que es el Fraile*. Entonces el Fraile se adelantó con ademan magestuoso; estendió la mano: hizo un movimiento como de cerrar los dedos uno despues de otro y esclamó con voz de trueno: *no son negros, son amigos mios, yo soy el Fraile*. Los defensores del altar y del trono se apaciguaron al oir esta voz, soltaron su presa, se retiraron, y alguno que se entendia con el *Fraile* en latin le dijo: *vale amice: hodie tibi, cras mihi*. De esta suerte salvaron la vida los dos nacionales de Chinchon.

Hoy, como siempre, este pueblo es además conocido por la bondad de sus vinos tintos y de sus aguardientes, cuya fama menos estendida en el dia de lo que debiera, no tardará en llegar á los últimos límites de Europa. La raza de sus habitantes es vigorosa como sus vinos y las corridas de novillos y la caza son sus diversiones favoritas.

El teatro de Chinchon no llega ni con mucho al Real de Madrid ni al del Liceo de Barcelona; pero en cambio la etiqueta en él no es grande; y lejos de exigirse á nadie que vaya de frac, todo ciudadano tiene libertad para ir en mangas de camisa, libertad de que en este tiempo de calor se usa ampliamente. La compañía que ha trabajado hasta ahora en este teatro no es ni de las mas completas ni de las mas sobresalientes: pero trabajaba con celo, con fe y arrostrando dificultades que arredrarian á otras. Por ejemplo, una noche, antes de la funcion, estaba delante de la primera dama y de varios aficionados un niño que tenia en la cara un granito como de picadura de insecto.—Eso, dijo uno de los circunstantes, se cura con saliva en ayunas.—Ven acá hijo mio, esclamó la compasiva dama, y le aplicó el remedio. Sin embargo de las tristes circunstancias con que luchan estos artistas, nosotros podemos decir que en este teatro nos hemos divertido mas que en ningun otro. La ingenuidad de los actores y la de una gran parte del público que seguia con creciente interés las peripecias del famoso dramon de Dumas el *Conde de Montecristo*, y apostrofaban de cuando en cuando á los diversos personajes nos tuvieron toda la noche con la boca abierta; y decimos toda la noche, porque en efecto la funcion, habiendo comenzado á las once, concluyó poco antes de amanecer.

En cuanto á bailes, en Chinchon se dan de dos clases en estos dias solemnes. El uno es el de los artesanos, que tienen establecida su sociedad, y el otro el de la aristocracia, que tambien se reune en su círculo especial. Tuvimos el honor de ser invitados para ambos, y debemos decir que cada cual estuvo perfecto en su línea. El bello sexo chinchonero no le va en zaga á ningun otro de Castilla la Nueva. Hay aquí sin embargo mas lozanía en las bellezas. Las mujeres son como las flores: cuanto mas cultivadas mas hermosas: pero en Chinchon hay flores del campo que pueden dar envidia á las de algunos jardines. Es decir, que los aires de esta tierra no son contrarios á la conservacion de la hermosura, por lo cual se los recomendamos á nuestras madrileñas.

En cuanto á los novillos, el encierro y la corrida son las dos partes principales en que se divide la diversion, y en ellas hay diferentes peripecias que acaso algun dia describiremos con todos sus pormenores.

Quédese esto aquí por ahora, que no todo se ha de decir en una revista.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

UNA NUEVA ISLA.

El mar Mediterráneo presenta hoy un fenómeno que llama la atencion general y que es objeto de las investigaciones de los naturalistas. Se está formando una nueva isla. El suelo del mar se levanta poco á poco y antes de que pase mucho tiempo aparecerá sobre la superficie del agua. El punto en donde se verifica este fenómeno se halla situado entre Sicilia y la costa de Africa, y su posicion puede definirse exactamente tirando una línea entre la ciudad siciliana de Sciacca y la pequeña isla de Pantellaria.

Toda persona que conozca algo esta region, sabe que es un ancho espacio volcánico que se halla limitado al Norte por la Sicilia, por las islas de Lipari, por el siempre inflamado Stromboli y por la isla de Ustica; al Este por el venerable Etna y al Sur por la isla de Pantellaria, la cual está formada de lava y de escorias volcánicas. La costa al Suroeste de Sicilia con las ricas capas de azufre de Girgenti y los innumerables manantiales ardientes que hierven alrededor de Sciacca, suministra la prueba mas inequívoca de que las esplosiones de las poderosas fuerzas subterráneas no han llegado aquí á su límite. La capa que con el curso de los siglos se ha formado sobre su fuego, ha cerrado los canales de comunicacion con el interior donde la lava está hirviendo sin cesar (pues en cuanto es posible observarlo se ha visto que la masa líquida que hay en lo profundo del cráter del Stromboli se eleva y desciende alternativamente) y las raras esplosiones del Etna nos hacen comprender que este sirve de válvula de seguridad, por decirlo así, y que es la única causa que sostiene la existencia de la Sicilia en el estado en que se halla; pero aunque el suelo en la parte Suroeste de esta isla, parece estar seguro por este medio sobre su interior inflamado, no es de esperar, que pueda oponerse perpetuamente á la dilatacion y si el fuego no logra siempre abrirse un camino al través de la corteza terrestre que le cubre, producirá sin duda alguna elevaciones parciales y prominencias sobre la superficie. Una prominencia de esta clase se está formando en la actualidad como hemos dicho, con tal rapidez entre Sciacca y Pantellaria, que dentro de poco tiempo los geógrafos se verán obligados á alterar de nuevo sus cartas, y decimos de nuevo porque ya se ha visto en época no muy distante, formarse una isla en este punto que segun parece, se ha elevado y hundido mas de una vez.

Entre los marineros de Malta existe una tradicion acerca de la existencia anterior de una isla tal y se halla indicada en todas las cartas antiguas; otras tradiciones nos dicen que allí habia una isla á principios del siglo último. Sin embargo, todas estas relaciones tienen menos significacion para nosotros que las que se refieren á un suceso acaecido hace treinta y tres años en razon á que los fenómenos que tuvieron efecto entonces, presentan un ejemplo de lo que está sucediendo ahora.

En aquella época todos los naturalistas creian que el mar entre Pantellaria y Sciacca tenia por término medio una profundidad de 5 á 6,000 pies. Los sondajes hechos por entonces habian confirmado esta opinion hallando solo al Este de la línea un banco á una profundidad menor; este banco era el llamado de Nerita donde los pescadores de Trápani acostumbraban á buscar el coral desde hacia ya mucho tiempo. El 8 de julio de 1835, Francisco Tresiletti, patron del bergantin *San Gustavo*, que habia salido de Malta el dia 6 y se hallaba consignado á Palermo, advirtió una cosa muy notable en este punto. Poco despues del medio dia percibió á distancia de dos millas y media al Noroeste del buque una ancha masa de agua que se elevaba y hácia la cual se dirigió para convencerse de que era cierto lo que veia. Cuando estuvo á distancia de unos tres cuartos de milla del fenómeno, oyó un ruido semejante al de un trueno; al poco tiempo vió una tromba negruzca que se elevó á una altura de mas de 80 pies y cuya anchura era mayor que la de un buque de línea. Unos diez minutos despues volvió á caer el agua, pero del punto de donde ésta se habia elevado vió levantarse una densa masa de humo que fue estendiéndose por todo el horizonte. La esplosion se repetia cada cuarto de hora: la oscilacion del agua se sentia aun á bordo del buque y un gran número de peces muertos flotaban sobre la superficie del mar.

En Sciacca, que era la ciudad mas próxima, no se advirtió sin embargo nada de esto, porque un horizonte oscuro ocultaba la vista del mar, pero el 12 de julio se echó de ver que una gran cantidad de pedazos pequeños de lava y de piedra pomez flotaban sobre el agua y los pescadores que salieron al mar se vieron obligados á volver haciendo uso de sus remos. Con gran sorpresa hallaron multitud de peces muertos recientemente y los llevaron á Sciacca para venderlos. Nadie pudo esplicar la causa de esto, hasta que en la mañana del dia 13 advirtieron desde la costa una columna de humo que se elevaba por el horizonte y cuando se hizo mas espesa, notaron llamas en ella. Era ya indudable que se habia formado un nuevo volcan en el mar.

Por aquel tiempo el célebre Federico Hoffmann, geólogo aleman, que desgraciadamente murió demasiado jóven, y de cuya descripcion hemos sacado los sucintos detalles que siguen, se hallaba haciendo un viaje científico por Italia. Habiendo oido en Palermo las noticias de lo ocurrido, se dirigió allí con sus compañeros para examinar mas de cerca el fenómeno y el 20 de julio llegó á Sciacca. Desde que estuvo á algunas millas del sitio del suceso vió la columna de humo en el mar, y en la costa encontró la arena fina de la playa cubierta de una espesa capa de otra materia, pero no halló ningun marinero que tuviera valor para conducirlos á aquel punto notable. La poblacion de la ciudad reunida por la tarde, contemplaba el mar que forma el Piano de San Domenico y la ígnea columna de humo, escuchando con un silencio respetuoso los ecos del trueno, cuyos zumbidos duraban un cuarto de hora y á veces mas. Pero á pesar de esto, no hubo nadie que tuviera bastante valor para desafiar el peligro de tan corto viaje por mar con el objeto de examinar el fenómeno en el lugar mismo de la erupcion, ni de satisfacer su curiosidad acerca de un suceso que era la materia de la conversacion general. Por último, los sabios alemanes lograron alquilar uno de los pequeños barcos de cabotaje llamados *schifarri*, propios de los valerosos hombres de Trápani y en la noche del 24 llegaron al punto de donde la columna de humo se levantaba del mar. Allí vieron con asombro que habia salido del mar una isla nueva que tenia 3,000 pies de circunferencia y 60 de altura. Masas inmensas de vapores se elevaban incesantemente de ella y flotaban á lo largo formando grandes globos.

«Estas nubes, decia Hoffmann, aparecian magestuosas al pasar tranquilamente como pesadas masas de nieve ó grandes balas de algodon nuevo amontonadas unas sobre otras, y unidas entre sí, formaban la gran columna gigantesca que marcaba sin interrupcion el punto de su origen. Por intervalos de dos ó tres minutos erupciones de negras escorias se elevaban á mayor ó menor altura de la brillante masa central blanca. Las nubes de vapor se levantaban mas violentamente esparciéndose sobre el mar en una estension muy grande. La isla desaparecia en estos momentos y el mar agitado parecia estar interiormente en relacion con los vapores y con los torrentes de escorias hasta que el impulso del viento desterró la nube.»

Entonces la columna de humo se volvió á levantar magestuosamente á una altura, por lo menos de 200 pies, hácia el firmamento azulado y los viajeros resolvieron salir del bote y saltar en la costa de esta nueva isla donde las olas iban á estrellarse suavemente; pero la escena cambió de pronto. Nubes de un humo muy denso fueron seguidas de erupciones de cenizas negras y de escorias, de arenas y de piedras arrojadas sin interrupcion que bien pronto formaron una columna negra y amenazadora cuya altura sobre el nivel del mar seria de 600 pies por lo menos. La oscuridad de esta masa terrible estaba atravesada constantemente por nuevas esplosiones que se estendian como cohetes desde su parte superior, arrojando con violencia grandes cantidades de arenas y de escorias, y una faja ancha y negra de arena marcaba los puntos por donde pasaba. Como las masas de arenas y de cenizas al llegar al término de su elevacion volvian á caer sin cesar en el mar ó en las cimas de las rocas en forma de un espeso polvo negro, se formaban nuevas nubes de vapor que se elevaban incesantemente y el aspecto de la columna negra con su corona blanca, era de una belleza indescriptible al verla sostenida sobre el suelo de un color oscuro. Los brillantes relámpagos que la nube lanzaba por intervalos eran seguidos en general del lento zumbido de un trueno.

La isla se formó de este modo por las erupciones que se sucedieron de un modo regular dia por dia, pero su aspecto cambió tambien con sus dimensiones.

Un fuerte viento del Oeste arrojó las materias mas ligeras hácia el Noroeste, y en este lado se formó una elevacion al paso que por el lado del Sudoeste el orificio de cráter en forma de embudo apenas se elevaba sobre el nivel del mar. Hoffmann calculó que el punto mas alto tenia 60 pies en julio; el 2 de agosto era de 200 pies de alto por lo menos, y su elevacion mayor llegó en el curso de la primera mitad de aquel mes á unos 180 pies El costado del Sudoeste, que en un principio habia dejado que penetrara el mar en el cráter del volcan, se elevó á la altura de unos 50 pies, y todo él tomó la forma de una colina hundida en la parte superior cuya elevacion, aunque hacia tan poco que habia salido del fondo del mar, llegó á unos 800 pies. Las fuerzas volcánicas pueden producir cambios semejantes en la actualidad en la tierra que al parecer se halla tan firme.

No hacia aun tres semanas que se habian esparcido las primeras noticias y la isla no estaba del todo formada cuando los ingleses tomaron posesion de ella con todas las formalidades de la ley marítima, aunque esta isla habia parecido en las aguas de Sicilia. Hácia fines de setiembre Hoffmann visitó por segunda vez este punto tan notable, y al mismo tiempo llegó tambien un bergantin francés que llevaba á bordo al académico Prevost y al artista Jourville, pero habiendo cesado las erupciones que acumulaban mas materias sobre su superficie, la pequeña isla no pudo subsistir en el estado en que se encontraba. Situada en medio del mar y espuesta á los ataques del viento y del agua, los débiles elementos que la componian no pudieron resistir á las fuerzas contrarias que la combatian, y la destruccion se verificó por completo y de un modo rápido. Minada por el mar, se produjeron en ella grandes grietas y aberturas, y los viajeros advertian enormes masas de arena que se desprendian sin cesar de ella cayendo sobre las rocas escarpadas y batidas por las olas para ser arrastradas por el mar, ó llevadas como el polvo por el sirocco. El contorno casi circular de la isla no escedia de 2,000 pies en setiembre y ya en este tiempo su superficie se habia reducido casi á la mitad. A fines de octubre no tenia mas que 1,600 pies de circunferencia, la cual fue disminuyendo diariamente hasta que la isla desapareció por completo, y al terminar el año 1831 las olas se agitaban sobre el punto en donde poco antes las fuerzas subterráneas de la naturaleza habian levantado un monumento de su estraordinario poder.

Los italianos, los alemanes, los ingleses y los franceses habian visitado esta isla segun el carácter peculiar de sus distintas naciones. Los primeros considerándola tímidamente y sin esponerse demasiado al peligro; los segundos examinándola por medio de uno de sus primeros naturalistas; los franceses sacando vistas de ella, y los ingleses tratando de poseerla. Todos, escepto los alemanes la habian dado varios nombres. El capitan que colocó sobre ella la bandera inglesa la llamó isla de Graham, otro isla de Hotham, dándola el nombre del almirante inglés que se hallaba estacionado en Malta; otros tratando de atribuir este descubrimiento al capitan Corrao la llamaron asi; los franceses la dieron el nombre de Julia ó Isola Giulia, por haber salido de las aguas en julio, pero por los sicilianos fue llamada Nerita, (aunque sin razon, porque no habia salido del banco de coral llamado asi) ó Isola Ferdinandea en honor de su rey Fernando II. De todos estos nombres el último fue el generalmente adoptado hasta que se olvidó tambien por haber desaparecido la isla.

No tenemos motivos precisamente para anunciar fenómenos semejantes á los de 1831. Los naturalistas se ocupan con ardor en averiguar si se abrirá pronto el cráter y si la consecuencia de ello serán erupciones constantes. El exámen de este fenómeno debe suministrar resultados importantes para la historia de la tierra; por esta razon y por que lo mas probable es que el período de observacion sea muy corto, la reaparicion de esta isla con sus innumerables nombres escita un interés general. Esta vez no ha anunciado su presencia con una erupcion terrible, sino elevando de un modo lento, aunque constante, el suelo del mar, lo cual se ha verificado durante algun tiempo sin que lo echaran de ver los navegantes. Un dia se levantará de nuevo sobre su superficie é invitará á los ingleses á que tomen posesion de ella por segunda vez; pero la isla volverá al punto de donde vino semejante á una ondina á quien los poderes superiores á ella permiten gozar por un corto período del alegre y brillante calor del sol.

A.

DOCKS DE MADRID.

Insertamos en este número dos vistas de los *docks* de Madrid ó almacenes generales de depósito para mercancías.

La institucion de los *docks* se debe como indica el nombre á la Inglaterra. Se llaman docks ó *diques* por hallarse sobre el Tamesis. Cuando llegan los buques cargados de mercancías, los propietarios ó consignatarios las depositan en estos almacenes por un derecho muy módico y allí aguardan la oportunidad de la venta, ahorrándose los grandes gastos de edificios, empleados y oficinas que tendrian que montar para tenerlas en su casa ó las pérdidas consiguientes á la venta precipitada.

La compañía de los docks da un recibo de los géneros y sus valores, y este recibo por medio de operaciones de crédito sabiamente combinadas se puede negociar fácilmente: de suerte que muchas veces sin salir de los almacenes se traspasan de una mano á otra inmensas cantidades de mercancías, las cuales solo dejan los docks cuando realmente van á consumirse.

Bajo estos mismos principios se han fundado los docks de Madrid junto á la estacion del Mediterráneo, y desde su fundacion el comercio ha podido apreciar sus ventajas; de suerte que creemos no han de tardar en establecerse otros á la inmediacion de la estacion del Norte.

DON FRANCISCO TADEO CALOMARDE.

(CONCLUSION.)

Calomarde como ministro no tuvo jamás una opinion propia. Fue solo un instrumento ciego de las voluntades del rey, y el hombre de mas rara habilidad para interpretarlas y adivinarlas fácilmente cuando eran de tal naturaleza, que no se manifestaban esplícitamente. Era el amigo de los que el rey distinguia y prevenia los deseos de estos. Castelló el médico, Mestre el boticario de palacio, Solana el veedor de las caballerizas, Segovia, administrador de la casa de Campo, eran sus amigos y eran tambien los tertulios ordinarios del rey Fernando VII. Asi el monarca se hallaba rodeado de una atmósfera favorable siempre á su ministro, que con esquisito tacto supo al mismo tiempo no malquistarse con el jefe y personajes influyentes del partido apostólico y ultra-realista, que queria elevar al trono al infante don Cárlos.

Calomarde ante el rey tenia la mayor abnegacion, abdicaba hasta la dignidad de hombre. *Omnia serviliter pro dominatione*, era la máxima de Calomarde; y su celo y actividad en complacer al rey sin reparar en los medios, no conocia límites. Encantaba al rey esta actividad, y en su costumbre de poner apodos á todos sus ministros, no sin bastante gracia algunas veces, llamaba á Calomarde *el escribano de diligencias*. En los apuros de dinero, que el rey con frecuencia tenia, acudia á Calomarde. El ministro mandaba satisfacerlos inmediatamente ó de los fondos de penas de cámara ó de pósitos, ó de policía, cuyos tres importantísimos ramos corrian á su cargo, y eran una mina inagotable para satisfacer los caprichos del rey.

Para que se forme una idea de cómo se manejaban estos negocios, referiremos un hecho que lo demuestra prácticamente. Tenia el rey que ir á los baños de Solan de Cabras en la provincia de Cuenca con la reina Josefa Amalia, y se hallaba exhausta la Tesorería de Palacio. A punto estaba de renunciarse á este viaje por costoso. Manifestó su apuro al ministro, el que cogiendo una papeleta volante, documento curioso que se conserva en el ministerio de Gracia y Justicia, escribió: *Para el viaje de Solan de Cabras. A los cuatro obispos ricos de Cuenca, Sigüenza, Málaga y Córdoba á quinientos mil reales cada uno, suma dos millones.* Pusiéronse las órdenes, pagaron los obispos y se verificó el viaje.

No era menos espeditivo su modo de obrar en los asuntos diplomátic s. Fr. Juan de Almaraz, confesor de la reina María Luisa á su muerte en Roma, reclamaba el cumplimiento de un legado á favor suyo, hecho en el testamento de aquella reina; y cansado de no obtenerlo, amenazó al rey con revelar que su madre le habia autorizado para declarar que ninguno de sus hijos lo habia tenido de Cárlos IV, y que por consiguiente la rama de Borbon habia cesado de reinar en España. Cualquiera hubiera recibido con risa esta pueril amenaza, recordando el sabido axioma de que el *padre es el que demuestra el matrimonio*, empero el rey no se tranquilizó y quiso tener en su poder al confesor de su madre. Pedir su estradicion era imposible. Calomarde ideó, pues, un rapto con las circunstancias mas estraordinarias. Apresta el navío *Manzanares*, que marcha á Civita-Vechia y envia á Roma á don José Navarro, oficial del ministerio de Marina, el que buscando unos cuantos *bravos*, y contando con la connivencia del entonces gobernador de Roma, el aragonés cardenal Marco Catalan, se apoderan de la persona del pobre fraile, á quien afectan tratar con la mayor consideracion y respeto, dan el tratamiento de escelencia, conducen en un magnífico coche, precedido de postillones y haciendo grandes gastos para su comida y alojamiento durante el camino de Roma á Civita-Vechia y contestando á cuantos atraian los desesperados gritos y lamentos del pobre fraile, de que era un grande de España que se habia vuelto loco y figurándose ser un fraile, á lo que daba un aire de verosimilitud el lujo, el respeto de que se hallaba rodeado y el magnífico tren con que lo llevaban. Llegado que hubo á Civita Vechia fue encerrado en la cámara del buque y conducido á la vista de Barcelona, donde se hallaba el rey, y sin desembarcar fue llevado al castillo de Peñíscola, donde permaneció encerrado sin ver ni hablar á nadie, y sin el uso de los Sacramentos, hasta mucho despues de la muerte del rey; y habiendo sido puesto en libertad durante el primer ministerio de Martinez de la Rosa, murió á los pocos dias de salir de su prision.

Muchas de estas curiosas y terribles anécdotas, que probablemente cubiertas con un misterioso velo, serán perdidas para la historia, pudiéramos consignar; empero esto escede de los límites de un artículo biográfico, y solo las hemos referido para dar á conocer el carácter del hombre.

La reina Cristina, hija segunda de los reyes de Nápoles, acompañada de estos, vino á Madrid y se casó con el rey Fernando VII en 9 de diciembre de 1829. Este matrimonio debia tener una grande influencia en los destinos de la España.

La Francia en tres dias cambia en el mes de julio de 1830 su dinastía. Vacilan Fernando y su ministro en reconocer la revolucion francesa; pero Luis Felipe, protegiendo á los emigrados constitucionales, favorece una espedicion al mando de Mina y Valdés, que penetran en Navarra y son derrotados por los voluntarios realistas. Entonces se reconoce al nuevo monarca francés, que por precio de su reconocimiento persigue á los mismos constitucionales á quienes antes armara.

El órden de suceder en la corona, por el cual las hembras habian ocupado el trono español, habia sido alterado por Felipe V en 10 de mayo de 1713. Cárlos IV habia derogado este acuerdo en 1789 en Córtes, pero esta resolucion era un secreto.

Solo tenia conocimiento de él la reina de Nápoles, Isabel, que lo comunicó al rey.

La reina Cristina se habia hecho embarazada y agitábanse los partidarios de don Cárlos, que veian desvanecerse sus esperanzas cuando el rey quiso publicar el acuerdo de las Córtes de 1789 el 29 de marzo de 1830, acuerdo que se buscó por todas partes con la mayor diligencia y con la actividad que ponia Calomarde en los asuntos en que veia al rey muy empeñado. Al fin este documento apareció en uno de los cajones mas insignificantes del archivo de Gracia y Justicia, y entre papeles de ningun interés. Celebróse mucho este hallazgo, y su publicacion por la que se escitó reservadamente á todas las ciudades del reino para que felicitasen al monarca. El hallazgo y publicacion de la pragmática sancion de 1779, enagenó completamente á Calomarde la voluntad del partido realista exaltado y de los amigos de don Cárlos. La reina dió á luz el 10 de octubre la princesa Isabel, que debia ocupar su trono. Calomarde recibió del rey de España el toison de oro, y los reyes de Nápoles le hicieron duque de Santa Isabel.

El partido liberal, animado con la revolucion francesa, hizo nuevas tentativas; pero todas fueron desgraciadas. Redoblóse el sistema de rigor y se restablecieron comisiones militares ejecutivas.

Esto pareció rehabilitar algun tanto al ministro en el ánimo del partido exaltado realista.

La reina Cristina dió á luz el 30 de enero de 1832 una segunda niña. La salud del rey declinaba visiblemente, y los partidarios de don Cárlos, temerosos al principio de que hubiese nacido un príncipe de Asturias, se apresaron á disputar la corona á las hijas del rey. Trabajaban incansablemente. Aprovecharon la ocasion de que el rey se hallaba gravemente enfermo en la Granja, y aterraron á la reina con la perspectiva de una horrenda guerra civil con la muerte de sus hijas; y aprovechando el terror de una madre, que fué á consultar con el ministro Calomarde acerca de las medidas que debian adoptarse al fallecimiento de su regio esposo, le exageró éste el estado alarmante y los peligros en que se hallaba la nacion y el gran número de partidarios con que contaba don Cárlos, afirmándola que el reino entero se pronunciaria en su favor, y proponiéndola un acomodamiento con el príncipe don Cárlos. Asustada la reina, convino en que asi se hiciese; pero no tuvo efecto porque el infante se negó rotundamente á todo medio de conciliacion. Tambien el doliente rey consultó con su ministro, y éste le pintó con tan negros colores la situacion que sobrevendria á su muerte, que debilitado su ánimo y postradas sus fuerzas con la enfermedad, firmó en el lecho mismo la revocacion de la pragmática-sancion y el restablecimiento de la ley Sálica.

Firmado aquel decreto escrito todo de puño y letra de Calomarde, asi como una copia de él, que se guardó en el ministerio, se envió inmediatamente al consejo de Castilla, depositándose en él hasta que por el telégrafo se diese la órden de abrirle y publicarle solemnemente.

Despues acometió al rey un accidente, un profundísimo letargo, que privándole del conocimiento por varias horas dió lugar á creérsele difunto. Iba ya á mandarse el parte al consejo de Castilla para la publicacion del decreto que privaba del trono á la hija del monarca, y don Cárlos recibia ya las felicitaciones de los palaciegos, cuando el rey vuelve en sí. La escena cambia; el rey puede vivir algunos meses. La hermana de la reina, doña Luisa Carlota, que se hallaba con su familia en Sevilla, y que se dirigia con la velocidad del rayo á la Granja, llega como milagrosamente, reanima el valor de la reina Cristina, y desbarata, contando con uno de los ministros la conspiracion fraguada, arrancando á su vez del débil y postrado monarca la destitucion del ministerio que por el espacio de diez años habia regido la monarquía, adoptando grandes é importantes medidas.

La infanta doña Carlota tuvo una escena violenta con el ministro Calomarde á su llegada. Le apostrofó con los dicterios mas infamantes, le trató de la manera mas humillante, y ella misma penetró hasta la cama del rey y le arrancó el decreto de destitucion, asesorada, por el único de los miembros del gabinete con quien contaba. Ballesteros, ministro de Hacienda durante los diez años, habia tomado muy poca parte en la política del gobierno; empero todas sus disposiciones administrativas tendian á un sistema liberal, y fue el protector de los hombres que se hallaban en desgracia en todos los demás ministerios, y el alma del movimiento de la Granja que dió el trono á Isabel II.

Calomarde, á quien en un principio se dejaba en el consejo de Estado, tuvo á los dos dias que salir de Madrid, trasladándose á una fábrica de papel que tenia en Olva y que le dirigian unos frailes franciscos. El nuevo ministerio le confinó á los pocos dias á la ciudadela de Menorca. Al saber esta determinacion y temeroso de las persecuciones con que sus enemigos vengarian su dominacion de diez años, favorecido de los frailes franciscos, se refugió primero en un convento de aquella órden en Hijar, desde donde burlando las diligencias de los encargados ya de su arresto y disfrazado de monge de San Bernardo, en compañía de dos frailes franciscos se dirigió á Francia por la parte de Gabarni. Desde la frontera de este reino, se dirigió á Orleans y desde allí á París, donde vivió agoviado de pesares y de tristeza.

Cuando á la muerte del rey las Provincias Vascongadas proclamaron á don Cárlos, y cuando mas tarde éste entró en España para ponerse á la cabeza de su partido, Calomarde vino á Tolosa de España y solicitó del infante don Cárlos tomar parte en la contienda y prestarle sus servicios. Don Cárlos, cuyo partido hasta cierto punto habia fomentado, pero al que tambien por la inconstancia y veleidad de sus opiniones habia perseguido, no pudo perdonarle su proceder y menos la publicacion de la pragmática-sancion, base de la legalidad de la reina doña Isabel II; y asi es que no solo no le recibió, si no que mandó que inmediatamente le espulsasen del territorio donde dominaba y que ocupaban las tropas carlistas.

Viéndose, pues, objeto de odio del gobierno de la reina Isabel y de una aversion no menos violenta del de el pretendiente, vió que estaba cerrado para él todo porvenir. Entonces una terrible hipocondría se apoderó

de su ánimo, y para combatirla emprendió un viaje á Roma, á esa ciudad eterna, asilo de todos los poderes caidos y refugio de todas las desgracias. Allí le esperaba un nuevo desengaño. Calomarde, en el tiempo de su poderío, habia sostenido con vigor las regalías de la corona, protestando fuertemente contra la córte romana en tiempo de Leon XII, cuando este pontífice espidió las bulas para los obispos nombrados en los dominios rebeldes de Ultramar. Sostuvo esta cuestion con el nuncio entonces en Madrid, monseñor Justiniani; y habiendo vacado el trono pontificio por muerte de Leon XII y reuniendo las mayores probabilidades de ocupar el pontificado el cardenal Justiniani, usó respecto de él de la *esclusiva*, ese derecho terrible reservado á la Francia, á la España y al Austria de *escluir* un cardenal del nombramiento, privándole asi de la tiara. Muy probablemente Justiniani iba á ser elevado al sólio pontificio, cuando un despacho de Calomarde le privó de él, y á los pocos años, sumido en una gran melancolía, bajó al sepulcro. Llegado que hubo á Roma, Calomarde tuvo la idea de ser nombrado cardenal; empero encontró un grande obstáculo en los amigos de Justiniani, y sobre todo en Gregorio XVI, que no queria dispensar tan señalado favor á un hombre que lo mismo al gobierno de la reina Isabel, aun cuando no le habia reconocido la córte romana, que al del pretendiente, era igualmente odioso y desagradable.

Volvióse á Tolosa de Francia Calomarde, y allí se dedicó á obras de beneficencia, socorriendo con cuantiosas limosnas á cuantos imploraban su favor, ora fuesen carlistas, ora liberales, y aun á muchos que desde España se dirigian á él. Los bienes de Calomarde fueron secuestrados, pero aun pudo conservar grandes cantidades de dinero, siendo muy escaso el gasto que hacia en su persona, porque aun estando en el poder, su trato era muy sencillo y muy frugal su mesa. Era muy rico porque sus sueldos ascendian á una cantidad grandísima. Reunia los sueldos de ministro, de secretario de la cámara de Castilla, que siempre conservó, de superintendente general de pósitos, de penas de cámara y de policía y la secretaría perpetua de la órden americana de Isabel la Católica, cargos todos que estaban dotados con cincuenta mil reales.

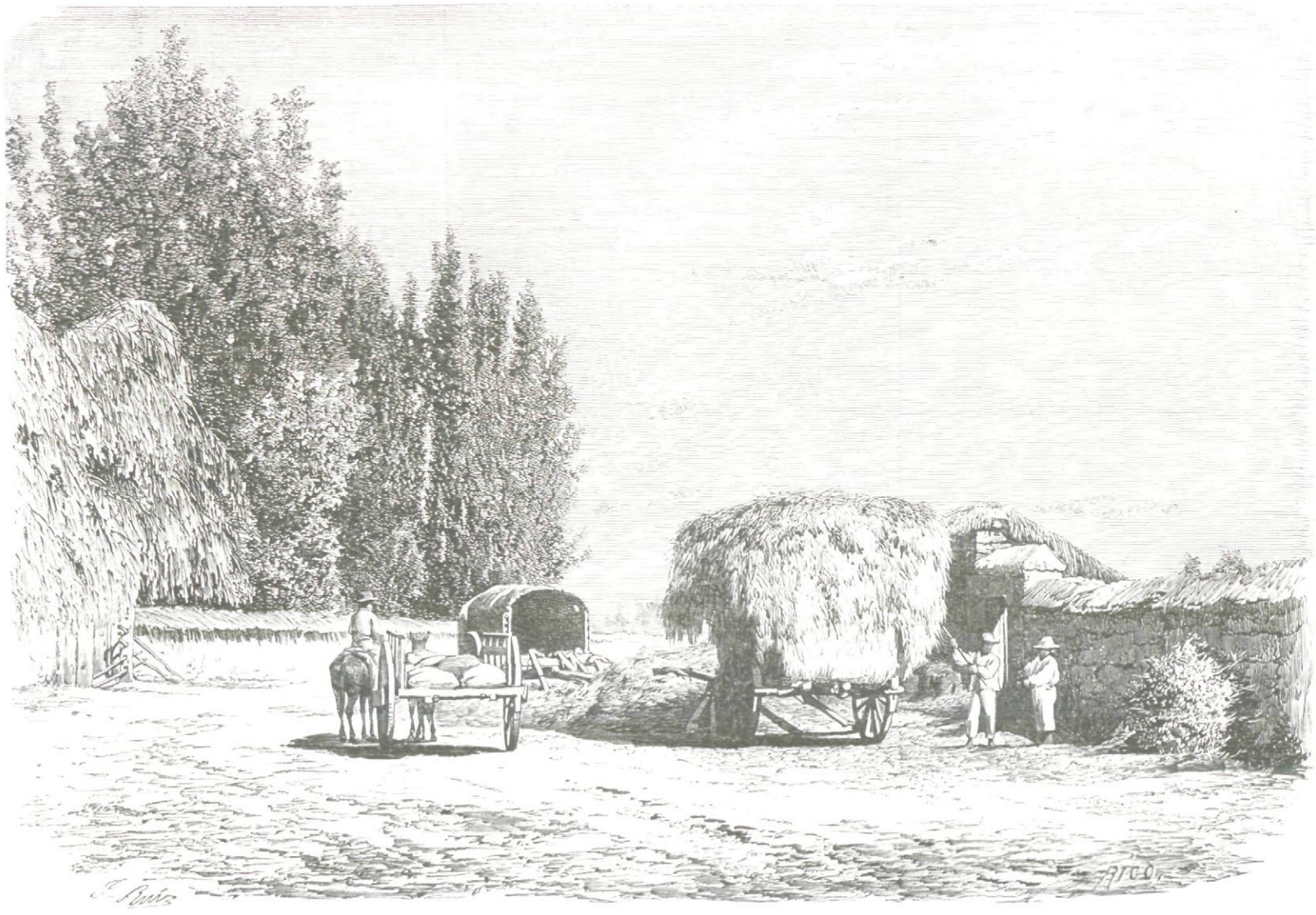
Los males de Calomarde se agravaron considerablemente en el año de 1842, y el 25 de junio de este año murió en Tolosa sin que le sintiera ningun partido ni llorasen su muerte mas que los infelices que de él recibian sus socorros. El gobierno francés dió órden para que se celebrasen sus funerales con toda la pompa correspondiente á la gran cruz de la Legion de Honor que adornaba su pecho. Calomarde, además de esta gran cruz y del Toison de Oro, tenia la de Cárlos III, la de Isabel la Católica, la de Avis de Portugal, la de la Vendée, la del Aguila negra de Rusia, la de San Nicolás de Newski, la de Prusia, y apenas habia nacion que no hubiese enviado sus mas altas condecoraciones para adornar el pecho de este ministro. No fue afecto al nepotismo, y asi es que sus parientes fueron sus mayores enemigos. Solo tenia un sobrino beneficiado de la catedral de Sevilla y en los diez años de su poder no le ascendió á ninguna dignidad eclesiástica; y cuando muchos por adularle le aconsejaban que le hiciese obispo, solia responder por gracia que habia mandado hacer la mitra á un herrero y que no acababa de concluirla.

Con afectada modestia jamás usó de los títulos de marqués de Almeida y duque de Santa Isabel, sino en las comunicaciones con Portugal y Nápoles.

Hemos visto que Calomarde reunia cualidades muy contrarias. No fue verdaderamente un ministro porque jamás tuvo una inspiracion; empero fue el brazo del rey, el instrumento ciego de su voluntad. ¿Fue un hombre de instruccion y de genio brillante? De ninguna manera. ¿Fue un hombre vulgar é incapaz, como han propalado sus enemigos? Tampoco. Tuvo una ciencia particular á la que debió su permanencia en el poder; adivinar las voluntades del rey, anticiparse á veces á ella, y desarmar á cuantos enemigos pudieran contribuir á su caida.

Su larga permanencia en el poder le ha dado un lugar en la historia, si bien no muy envidiable, porque ha sido calificado con el de *ominosa década de Calomarde*. Nosotros en este artículo no hemos juzgado su política; hemos pintado solamente al hombre. Los poetas durante su dominacion le enaltecieron como ensalzan todo poder, y los pintores reprodujeron su retrato. El Van-Dyck de nuestra época, el célebre don Vicente Lopez, hizo de él uno magnífico, cuya copia es la que presentamos al frente de nuestra biografía.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA, VIZCONDE DE SAN JAVIER.



ESPEDICION AL PACIFICO.—CAMINO DE LA PALMA QUILLOTA.—CHILE. (DIBUJO REMITIDO POR EL SEÑOR CASTLO.)

LA LEY DEL EMBUDO.

LOS JUGADORES.

V.

La escena que vamos á referir pasa en una casa de la calle de Jardines.

Figúrense nuestros lectores que despues de subir por una estrecha, oscura y sucia escalera, se encuentra en una habitacion de quince pies en cuadro en un piso tercero interior.

Alrededor de una camilla de pino cubierta con un tapete de bayeta verde, lleno de manchas, y tan raido que podian contarse todos los hilos de la trama, habia sentadas media docena de personas, y hasta una de pie.

Ocupaba el lugar preferente de la camilla un jóven como de treinta años, de fisonomía pálida y demacrada en que se marcaban perfectamente las huellas de una vida licenciosa. Su trage descompuesto y sus enmarañados pelo y barba rubia, tirando á roja, indicaban que no se cuidaba mucho de su persona. Tres señoras de mediana edad, de posicion social dudosa, de esas que ni son tan viejas que el mundo las deseche, ni tan jóvenes que las busque, estaban sentadas en los otros tres lados de la camilla. Los demás concurrentes solian permanecer de pie, á escepcion de cuatro que se habian colocado junto á las señoras. El jóven rubio tenia á su derecha un candelero de estaño con una vela y delante dos barajas, algunos napoleones, pesetas y medias pesetas, y como de reserva apiladas ocho ó diez monedas de oro de cien reales.

—Antes de que se empiece hay que pagar la casa.

Dijo una especie de señora bajita, rechoncha, encorsetada hasta hacer vecindad su pecho con la barba, de ojos redondos como los de una lechuza, nariz remangada y boca de las llamadas de piñon. Vestia un gaban de paño color de ceniza, ribeteado de verde y salpicado de algunas manchas, y una cofia con lazos de color de canario. Era viuda, segun decia, de un sargento primero

VISTA DE LOS DOCKS DE MADRID.

de granaderos de la suprimida guardia real, y habia tenido un estanco en la plaza de la Cebada, hasta que este destino se necesitó para la protegida de un oficial de la direccion del ramo.

—No tiene usted poca prisa, dijo uno de los concurrentes mal encarado y peor vestido.

—Es que si aguarda á lo último, contestó el amo de la casa, se marchan sin pagar los que han perdido...

—Ya, dijo una de las puntos, pero eso de pagar antes, tiene sus contras... que como dice el refran: tamborilero pagado hace mal son; y paga adelantada es paga viciosa.

—Pues quien no lo quiera asi, replicó el ama, por la puerta se va á la calle... Que no tengo yo mi casa, ni mi luz, ni mis muebles para servir á nadie de balde...

—Estamos perdiendo el tiempo, dijo el banquero, pague cada *punto* una peseta y déjese de cuentos...

La órden del banquero se cumplió sin réplica, y empezó la partida.

—Esta peseta es falsa, dijo uno de los jugadores despues de examinarla muy detenidamente á la luz de la vela.

—Pues yo no la he fabricado, contestó el banquero. Con lo que cobro paso.

—Pues alguno la ha traido, dijo el jugador.

—Yo he pagado á usted, contestó el banquero con el dinero que iba al caballo, y recuerdo que tomé una peseta.

—Pues era de doña Remigia, dijo el jugador.

—¡Miente usted!... esclamó doña Remigia, hecha una furia.

La peseta que yo puse al caballo era buena; pero lo que aquí sobran son los escamoteadores...

—Lo que aquí sobran son las *cucas levanta-muertos*, gritó el jugador enfurecido, y Dios sabe cual hubiera sido el término de tan acalorada cuestion, sino se hubiese abierto de repente la puerta, apareciendo la alta, demacrada é imponente figura del inspector de policía, que con el sombrero encasquetado hasta los ojos, parte de la cara embutida en un enorme tapa-bocas, y levantando su baston de autoridad, dijo:

—Nadie saldrá de aquí sin que abone la multa impuesta por la autoridad á los que se ocupan en el vicio del juego.

Difícil es esplicar ni comprender siquiera la sorpresa de todos aquellos desdichados, sobre quienes acababa de lanzar tan terrible sentencia el representante de la autoridad.

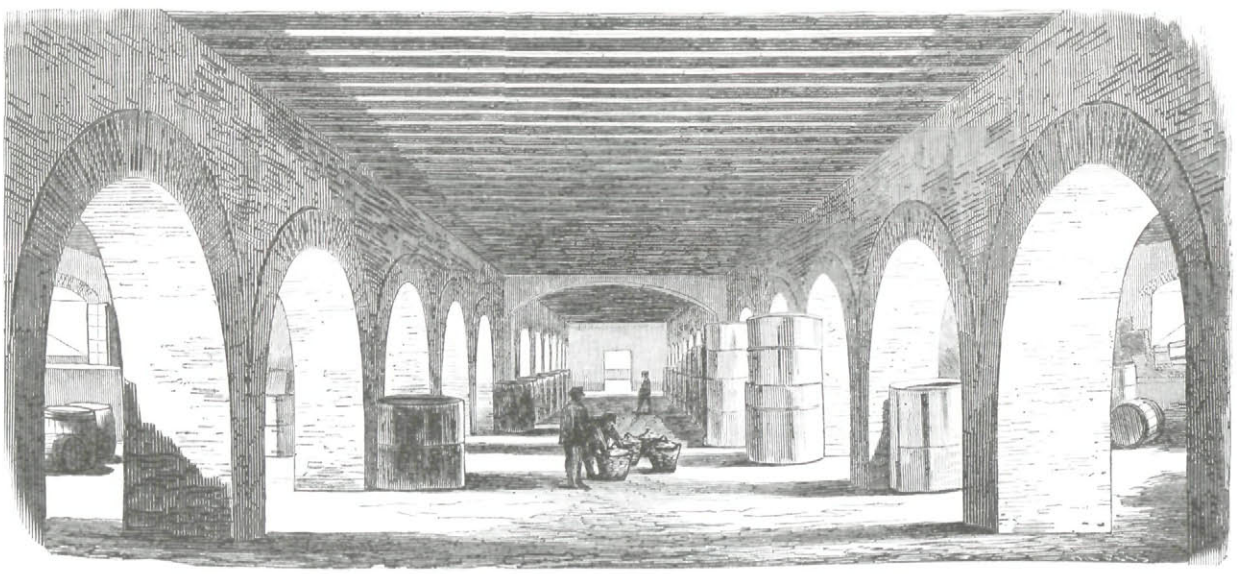
Los jugadores recurrieron á toda clase de espedientes, desde las mas humillantes súplicas, hasta los mas desesperados insultos al inspector, para que les condonara la multa; pero este representante de la ley, que estaba ya muy acostumbrado á semejantes escenas hacia á todo oidos de mercader, insistiendo en que nadie saldria de allí sin pagar su correspondiente cuota.

Gracias á la mediacion del banquero, y constituyéndose éste en fiador, fue permitido á alguno de los aficionados á tirar de la oreja á Jorge, y especialmente á las señoras, marcharse aquella noche á sus casas; pero á condicion de abonar al siguiente dia la multa, so pena de ir á dormir al Saladero.

Asi acabó este modesto gazapon, que es como suelen terminar todos los de su clase, para empezar de nuevo al siguiente dia.

Ahora nos falta solo para el objeto que nos hemos propuesto, examinar el juego en su última fase, para lo cual, sin hacer caso de lo que pasa en algunas tabernas y bodegones, necesitamos trasladarnos á la ronda, puente de Toledo y sus cercanías.

Dos ó tres jóvenes de diez y ocho á veinte años, sucios, mal



DOKS.—INTERIOR DE UNO DE LOS ALMACENES GENERALES DE DEPÓSITO.

vestidos, demacrados, de fisonomía astuta, ojos de lince y oidos de tísico, se entretienen en jugar á *las chapas* en el paseo de la ronda frente al gasómetro.

Hasta media docena de chicos de nueve á diez años, descalzos, con los pantalones y chaquetas llenos de rasgones, las caras tostadas del sol, y las manos sucias, contemplan con envidia, y haciendo en silencio propósitos de imitar lo que están viendo, la diversion de sus amigos...

Todos miran con inquietud á uno y otro lado, como quien teme ser sorprendido al cometer un delito...

—¡Un verde!... esclama uno de los chiquillos, y los jugadores suspenden su ocupacion, se sientan en corro y se ponen á partir y comer algunos piñones que todos llevaban á prevencion en el bolsillo.

Llega á los pocos momentos un agente de policía con su levita de cuello verde, dirige una investigadora mirada á aquella reunion de tunantes consumados, y aprendices de vagos, y continúa su camino, diciendo para sus adentros:

—«Ya sé lo que estábais haciendo; pero como no os he encontrado con las manos en la masa, no puedo dar con vosotros en el cajon, y desde allí en el Saladero.»

Apenas ha desaparecido el agente de policía, se presenta un nuevo personaje en la escena.

Era un mozalvete de unos diez y nueve años á lo mas; de pelo rubio tirando á rojo, delgado, pequeño, de fisonomía viva, inteligente y movible. Traia una capota corta, raida, llena de manchas, y con algunos girones y una gorrilla de paño verde bastante mugrienta.

—Carabina, dijo el recien llegado, dirigiéndose á uno de los jugadores de *chapas*, cayó que hacer...

—¿Ahora mismo? preguntó Carabina...

No se puede perder ni un instante, contestó el de la gorrilla...

—Pues tienes á tus órdenes la tropa, dijo Carabina...

—Pero Chenique, sepamos qué vamos á hacer y qué vamos ganando, dijo otro dirigiéndose al de la gorrilla.

—No perderás el trabajo, Chupacharcos, contestó con el mayor aplomo, Chenique.

—Rodeó al de la gorrilla toda aquella gavilla de pillos; y Chenique, despues de encender un trozo de veneno en pasta á que aquí se ha convenido en llamar cigarro, de desembozó y dijo:

Acabo de ver en la posada del Dragon pagar una partida de garbanzos á un labriego de Fuenlabrada, hombre que parece bonachon; sesenta napoleones como sesenta soles le han dado, y es necesario que no se los lleve á su pueblo.

Pues ya lo creo, dijo Carabina, frotándose las manos. ¿Para qué quieren allí el dinero?...

—Le esperamos mas allá del campo santo, y le damos un avance, dijo Chupacharcos, y si se resiste, allí tiene cerca la habitacion...

—Eso es; y que nos lleven por ladrones y asesinos á la casa de poco trigo, replicó Carabina...

—No me habeis entendido... Está visto que toda vuestra vida sereis unos brutos, dijo Chenique con aire de superioridad.

Ya no sois tan niños, continuó, que sea necesario meteros las cosas con cuchara. Echemos un *cané* detrás del parador de Sierra, y...

—Yo me encargo de lo demás... dijo Carabina...

—Pues no perdamos tiempo, añadió Chenique.

Y toda esta reunion de tunantes se dirigió por el puente de Toledo al parador llamado de Sierra, escepto Carabina que se puso delante de la puerta á esperar al labriego de Fuenlabrada, de cuyas señas personales, y algunas otras cosas le habia enterado Chenique.

Pero así como al raton no le suele librar su viveza de las garras del gato, así el caco estafador suele caer en manos de la policía, cuando menos se lo figura.

El agente de policía, que pasó con la mayor indiferencia, al parecer, al lado de los jugadores, aprovechando la ocasion en que estos estaban distraidos con la llegada de Chenique, hizo que se dirigia al gasómetro, y fué á colocarse detrás del terraplen que forma el camino llamado ronda, de manera que pudo oir perfectamente toda la conversacion de Chenique, Carabina y Chupacharcos, que ya conocen nuestros lectores. Enterado de los proyectos de los rateros, se encaminó por la pendiente del terraplen, hácia la puerta de Toledo en busca de algunos guardias veteranos, que le ayudasen á dar el asalto detrás del parador de Sierra á aquellos tunantes que se proponian estafar al labriego de Fuenlabrada.

Chenique, Chupacharcos y comparsa, se dirigieron al teatro de sus aventuras, y Carabina se puso á esperar al labriego, que no tardó mucho en aparecer, con grueso palo en la mano y unas alforjas al hombro.

—¡Hola, buen amigo, dijo Carabina acercándose al labriego, lleva usted por casualidad un *misto* para encender este cigarro! El labriego se paró, sacó una caja de fósforos de cerilla, y despues de intentar encender dos ó tres, dijo quitándose el sombrero.

—A ver si puede usted encender aquí... Y puso la cerilla ardiendo dentro del sombrero.

Carabina encendió su cigarro, dió otro al labriego, y dijo:

—Gracias, buen amigo. A no ser por el sombrero de usted no podríamos fumar... ¿Va usted muy lejos?

—A Fuenlabrada, contestó el labriego...

—¡Buena tierra!... contestó Carabina, continuando al lado del labriego por el camino que se dirije al puente de Toledo. Sobre todo para trigo candeal y garbanzos...

—¡Bien ricos los he vendido yo, dijo inocentemente el labriego, aquí en Madrid.. Son como manteca de suaves, y gordos como avellanas.

—¿De la cosecha de usted?...

—Cogidos en una tierra de Santa Lucía, que compré á la nacion, y es una alhaja. Aunque sea mal preguntado: ¿Va usted á Carabanchel?

—No, señor; contestó sencillamente Carabina: me quedo aquí detrás del parador de Sierra á tomar el sol con unos amigos, divertirnos un rato, y echar un trago.

—El vino que se vende en Madrid, dijo el labriego, es la mitad agua de campeche...

—Ya lo creo, contestó Carabina, como que paga tanto en la puerta, que los taberneros tienen que echar en ello mil brevajes, si han de ganar algo dándolo á un precio regular; por eso las personas de gusto, continuó Carabina dándose importancia, nos salimos á beberlo fuera, y nos lo dan puro... Si usted quiere echar una copa con nosotros, verá usted que no pondero nada si le digo que lo que bebemos es bálsamo...

—Que aproveche y de salud sirva, dijo el labriego, pero las tardes dan poco de sí y no quiero detenerme, que está lejillos el pueblo...

—Todavía es temprano, replicó Carabina, y poco tiempo puede usted emplear en beber un par de copas.

—Pues vamos allá, dijo el labriego, que entre noche y dia no hay pared por medio, y lo que se ha de hacer hoy, ya está hecho.

Carabina y el labriego continuaron su camino, hablando hasta de política, que esto para el segundo, se reducia solo á pagar mas ó menos contribuciones, hasta que llegaron detrás del parador, llamado de Sierra, donde estaban Chenique, Chupacharcos y sus camaradas haciendo como que jugaban al *cané*.

—Dios guarde á la buena gente... dijo Carabina. ¿Se pasa el rato, caballeros?...

—Nos entretenemos, contestó sencillamente Chenique, como sin reparar en el labriego, aunque despues de haberle mirado de reojo para cerciorarse de que era el mismo que habia visto en la posada del Dragon.

Carabina tomó un jarro de barro que habia con vino, y echando un poco en un vaso de vidrio, dijo al labriego:

—Beba usted un trago y sentémonos un rato con estos amigos, que tiempo tiene usted de llegar á Fuenlabrada.

—Mira, Chupacharcos, córrete un poco hácia la pared para que el señor entre en corro.

El labriego bebió y tomó posicion en medio de todos aquellos tunantes, sin ver nada de la red en que le iban enredando.

A los muy pocos momentos y despues de haber apurado algunos vasos de lo tinto, el juego empezó á hacerse general, y el labriego instado por Carabina que ganaba bastante, de memoria por supuesto, porque Chenique no contaba allí mas que con unos cuantos napoleones, el labriego cayó en la tentacion de apuntar alguna pesetilla siguiendo el juego de Carabina, cuya fabulosa suerte envidiaban todos.

El labriego ganó las primeras veces, pero cuando ya no quedaba á Chenique mas que un napoleon, el labriego apuntó otro con ánimo de desbancar á su adversario: el juego varió entonces y Chenique empezó á ganar hasta llevar al labriego veinte napoleones, y no hubiera quedado á este inocente un solo real, si en un descuido que tuvo Carabina al hacer seña á Chenique de las cartas que tenia el labriego, éste no hubiese conocido que le estaban estafando todos aquellos tahures.

El labriego, que era hombre de valor, al verse víctima de tan infame engaño, se levantó repentinamente y empuñando su grueso garrote, ya se disponia á hacerse justicia por su mano de aquellos tunantes, cuando antes que comenzase el combate, se presentaron dos parejas de la guardia veterana, y *el verde* á quien ya conocen nuestros lectores: apoderáronse de los tahures, sin permitirles hablar una palabra y entregando al labriego la cantidad que le habian estafado le rogaron que siguiera su camino, y contara en Fuenlabrada y otros pueblos lo que le habia pasado para que escarmentaran en cabeza agena las gentes sencillas que vienen á Madrid á sus particulares negocios.

Una turba inmensa de curiosos se amontona y aprieta en la calle de Toledo delante de una puerta estrecha, vigilada por dos guardias veteranos.

Las personas que vienen en opuestas direcciones por dicha calle, ó que entran en ella por otras de las que allí desembocan, se paran tambien, y el número de curiosos crece como las bolas de nieve llegando ya á la acera de en frente.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? ¿Ha sucedido alguna desgracia? pregunta una señora á quien un pillete roba el bolsillo y el pañuelo, mientras un prendero de la calle del Estudio la contesta...

—No es nada: es que vive ahí el inspector de policía y han traido presos unos cuantos tunos que estaban jugando al cané, y las chapas, detrás del parador de Sierra.

—¡Qué escándalo! esclama un viejo, al parecer jubilado. Al Saladero con ellos.

—No haya cuartel para los jugadores, dice otro.

—Vagos, haraganes, viciosos, que los pongan un grillete; gritan á un tiempo varios de los espectadores.

En estos momentos un ¡eh! de un cochero que á duras penas puede contener dos briosos caballos ingleses que tiran de una linda *victoria*, en que vá reclinado muellemente fumando un rico habano un caballero elegantemente vestido, anuncia á los curiosos que se separen si no quieren ser atropellados...

—¡Jesus que coches!... esclama una señora... ¿Quién es ese caballero tan imprudente, que no manda á su cochero que vaya despacio por estos sitios tan concurridos?

El caballero que vá en el carruaje, saluda afectuosamente á uno de los curiosos, y continúa su camino.

—¿Es algun título de Castilla, ó capitalista, ese señor? Preguntan dos al caballero á quien habia saludado el que iba en el carruaje.

—No, señor, contesta sencillamente el interpelado... Es un amigo mio que lleva la banca en cierta distinguida reunion, donde hay noche que gana seis ú ocho mil duros... Hoy cuenta ya con una buena fortuna...

—Así, dijo uno de los presentes, bien se pueden tener magníficos carruajes y briosos caballos...

—Ya lo creo, contestó otro: se me figura que usted me ha llevado tambien algunos napoleones en la calle de Jardines en casa de doña Justa.

—No será estraño, contestó el interpelado, porque hace algun tiempo que llevo allí la banca.

En esto comenzó á moverse la gente arremolinada, y uno de los guardias veteranos gritó: paso, señores, paso...

Los curiosos se separaron para dejar pasar á Chenique, Carabina, Chupacharcos, y sus compañeros conducidos por dos parejas de guardias veteranos al Saladero, apostrofados por todo el tránsito con los epítetos de tahures, vagos, haraganes, estafadores, tunantes, y hasta ladrones.

El caballero que iba en la *victoria* continuó su marcha hácia la Fuente Castellana, y aquel á quien habia saludado, en otro tiempo su *grupier*, ahora jugador por cuenta propia en la calle de Jardines, se quedó echando un buen párrafo con un moralista sobre las consecuencias del juego y los jugadores en un pais culto, especialmente cuando la opinion les juzga por la *Ley del embudo*.

(Se continuará.)

EL BARON DE ILLESCAS.

EL CUMPLEAÑOS.

¡Qué diversidad de sensaciones conmueve el corazon de todos los seres racionales el dia de su cumpleaños, segun su sexo, edad y estado social!

El tierno infante bate palmas de contento cuando le dicen que cuenta un año mas, sin poder considerar el inocente que á medida que se aumentan estas satisfacciones de pasajera duracion, mas pronto se arrepiente de haberse alborozado, porque cada vez va siendo menos lisonjero el espectáculo que le ofrece la sociedad.

La vida no es mas que un dia. La infancia es la rosada aurora, prestando á todos los objetos un tinte agradable y encantador. En la juventud es aun grata esa perspectiva que llega á desaparecer en la edad viril, de mismo modo que el dia avanzando en su carrera permite conocer el verdadero aspecto y valor real de aquellos objetos, y hace que se distinga el horrible precipicio de la hermosa cañada, el prado florido del árido yermo. Llega luego el sol á su ocaso y esos objetos se confunden y oscurecen mas despues de haberlos conocido y tocado, despues de cerciorarnos de que lo que hemos visto no es lo que vislumbrábamos, que son en mucho mayor número las áridas pendientes que los valles amenos. No de otro modo el hombre en su vejez pesa en la balanza de su conciencia todo lo que ha aprendido, lo que ha gozado y sufrido en el mundo que se huye ante su apagada vista, y vive las cortas horas que le restan tan solo de recuerdos, casi todos amargos, bien pocos consoladores.

Lo mismo que el tierno infante, el jóven cuya pubertad toca á su término, ve llegar con placer el dia de su cumpleaños, porque le anuncia un grado mas en su perfeccionamiento y desarrollo que tanto ansía para lanzarse al mundo que solo ha visto por el lado mas halagüeño y vislumbrado remotamente por el peligroso; y aun esto último solo en el caso de hallarse dotado de clara inteligencia.

Se hace luego un hombre, y esclama:

«He cumplido veinte años, veinte pasos en la vida, veinte rayos de luz, veinte desengaños. ¿Qué he visto, qué he aprendido en tan corto período? Mucho y nada, dichas y sinsabores, grandezas y miserias. He visto mucho, porque mucho es haber contemplado el órden admirable que á todo preside, la armonía universal de la naturaleza que se muestra por do quier y nos asombra, no tanto en la maravillosa marcha de los astros y la

magnífica vegetacion de los paises subtropicales, cuanto en el preciso y sencillo cambio de estaciones en la vida admirable y rara de millares de insectos, y en la incomprensible aparicion de tantos átomos productores. He visto mucho, porque mucho es haber admirado la grandiosidad de la creacion, los terribles combates de los elementos y los no menos terribles de las pasiones humanas.

»No he visto nada, porque mi inteligencia es sobrado débil para comprender los altos fines de la infinita sabiduría; porque todas aquellas maravillas son un perpetuo arcano para mí, y tanto mas oscuro se me presenta cuanto mas intento penetrarlo.

»He sentido dichas y sinsabores, porque he sido niño y tengo familia, y porque entre algunas acciones virtuosas he visto muchas injusticias é iniquidades: porque para un amigo que no hizo traicion á este nombre, ha habido ciento que me hicieron probar la amargura del desengaño.

»He presenciado grandezas y miserias; las primeras en la naturaleza, y muy pocas en los hombres; las segundas en cualquiera parte á donde dirigiese mis ojos en mí y en todos mis semejantes.»

Estas ó parecidas reflexiones se hará cualquier jóven regularmente pensador al cumplir las veinte primaveras. Renunciamos á manifestar lo que pensará mas adelante amaestrado por la esperiencia, pues no bastaria una obra entera para consignarlo, y nos hemos propuesto no traspasar los estrechos límites de un artículo.

Nos corresponde ocuparnos ahora del bello sexo, espresar los sentimientos reflexivos de una jóven el primer dia de sus diez y seis abriles, edad correspondiente en las mujeres por su mas pronto desarrollo á los veinte años del hombre.

No pocos son, por desgracia, los que creen que el fin principal de la vida de la mujer son los placeres, y añaden que los materiales para el recreo de nuestra vida. Absurdo. Concedemos desde luego que la mujer haya nacido para el placer, mas de ningun modo para el placer de los sentidos principalmente, sino para el placer que consiste en amenizar la árida monotonía de nuestra vida, para los puros goces del alma y del corazon, para ser el ángel tutelar de la inmensa familia humana.

¿Qué esperimentará el alma de una jóven de sentimientos no vulgares al cumplir el primer año de su cuarto lustro, cuando á la niña sucede la mujer?—Se fijará primero en el amor, que es la vida, la única carrera, por decirlo así, del bello sexo; verá que no existe esta pasion tal cual creia su corazon de niña, y habia visto confirmada en las novelas, cuyos caracteres ideales y acciones estraordinarias no dudara un momento existiesen, solo por verlos en letras de molde y por hallarse en armonía con las creaciones de su imaginacion.

Notará despues que carece de esa dulce libertad de sus primeros años, y no crean nuestras bellas lectoras que aludimos á la del corazon, aunque lo mas probable es que ya tenga un dueño en la época á que hacemos referencia, sino de la libertad, que consiste en obrar con independencia en algunos casos sencillos é inocentes de la vida, en no poder trasmitir, sin que se motejen, en muchas circunstancias, las simpatías que le inspiran determinadas personas, en serle imposible andar sola en muchas ocasiones por peligros imaginarios que la sociedad quiere ver para ella, y en hallarse sujeta tácitamente á la vigilancia del mundo entero, que nunca le perdona la falta mas leve. Empieza, en fin, á conocer que, aunque por otra parte es objeto de mil atenciones, se encuentra aprisionada con doradas rejas, y que podria darle que sentir el intento de recobrar su primera candorosa independencia. La burla, cuando menos, sino el desprecio y vilipendio, contestaria á su candidez y pureza.

Le sucede á la niña al hacerse mujer, lo contrario que al niño al ser un hombre. Este empieza entonces á gozar de toda la libertad que cabe en sociedad, mientras entonces comprende la mujer que ha perdido la verdadera que disfrutaba y empieza la ficticia, que no falta quien la crea muy halagüeña para las jóvenes, especialmente las dotadas de notable belleza.

Pregúnteseles á todas, feas y bonitas, que coloquen una mano sobre su corazon, á ver qué contestan, y si no suspiran por sus ocho abriles.

No queremos con esto decir que sea esclava la mujer. No. Somos de los primeros en reconocer que hoy dia representa en el mundo un papel muy importante, que ha recobrado muchos de sus derechos perdidos en tiempos de triste memoria, mas aun no goza todos los que debiera, todavía puede esperar mas de su protector y compañero.

No continuaremos en este terreno, y vamos á nuestro principal objeto.

En el fondo no pueden diferir mucho los sentimientos de dos jóvenes de ambos sexos en la época que anteriormente indicamos, porque uno y otro han perdido sus ilusiones mas gratas, porque los dos han tocado el frio desengaño.

¿Sucederá lo mismo con tantos otros tipos, con tanta diversidad de caracteres como ofrece la sociedad? Vamos á verlo.

Un padre de numerosa familia, pobre, honrado, cumple sesenta años. Su salud no es nada robusta porque ha trabajado, se ha desvelado mucho por atender á sus hijos. Al terminar este hombre su duodécimo lustro en vez de recordar el mundanal engañoso espectáculo á que ha asistido y los pocos goces que ha esperimentado, pensará solo que ya le quedan muy pocos pasos que andar hasta la tumba, que sus hijos no están todos criados, que es muy oscuro su porvenir, y que acaso á su muerte la miseria sustituya en su casa á la pobreza.

Un avaro riquísimo cumple la misma edad que el padre de familia. Su salud está delicada, mas por un motivo bien contrario al laudable de aquel.

Tambien su cuerpo sufre las consecuencias de los insomnios, de los graves cuidados; pero desvelo ocasionado por su mismísima pasion, graves cuidados nacidos del continuo temor de perder su tesoro, de dar tortura á su inteligencia buscando medios de aumentarle, esquilmando para ello á un gran número de infelices, porque todos los avaros son usureros. Siente igualmente que el pobre padre de familia el paso mas que ha dado en el brevísimo camino que le resta de existencia; pero ¡por qué causa tan distinta! Tan horrible es el sobresalto del miserable avaro que nada pierde, porque en general no tiene afecciones de ningun género, si se esceptúa la de su oro, como tranquilo y resignado, aunque siempre muy grande, el sentimiento del desdichado padre que deja muchos huérfanos.

Un infeliz pordiosero, ya viejo, el dia de su cumpleaños, si no con indiferencia, no ve con pesar tampoco abreviarse el término de sus dias, porque preciso es confesar que hubo muy pocos Jobs en el mundo, y son contados los hombres que pueden sonreir á la desgracia.

De dos criminales condenados á encierro perpetuo, de los cuales el uno está endurecido en el vicio y el otro arrepentido de sus maldades, habiendo perdido ambos toda esperanza de indulto, el primero sentirá goce satánico, porque ansía terminar su infame vida, ya que le es imposible hacer mas daño á sus semejantes; mas el segundo, endulzada su existencia con el arrepentimiento, sentirá sobremanera que no se alargue mas, para que aquel sea proporcionado á la enormidad de sus anteriores delitos.

Para una mujer coqueta y vana, en cuyo rostro el tiempo empieza á imprimir su seca huella, el dia en que el almanaque le dice que cuenta un año mas es un verdadero dia de luto.

Superficial, de pobre inteligencia, y sin haberse ocupado nunca mas que en parecer hermosa, su alma pequeña es incapaz de abrigar mas que sentimientos mezquinos que se reducen á llorar la pérdida del brillo de sus ojos y la frescura de su tez, que empañaron los helados inviernos, y la de unos cuantos de sus sedosos cabellos que se llevaron las ligeras brisas de los otoños.

Muchos mas tipos podríamos presentar, pero creemos bastante para nuestro objeto con los anteriormente mencionados, porque son los mas importantes.

¿Por qué se ha celebrado y celebrará siempre con festejos el dia del cumpleaños? Unos contestan: porque en ese dia es cuando el hombre acaricia mejor la idea de que su vida será duradera, dado caso de que se halle sano y no muy viejo, llegando hasta hacerse la ilusion de que se encuentra mas fuerte en aquel dia. Otros: porque al contrario, presiente el corto término de su existencia, y trata de ahogar entre placeres los tristes pensamientos que le asaltan. Esto dicen los filósofos. No falta tambien quienes aseguran proviene la celebracion del cumpleaños de las ofrendas que con tal motivo hacian los pueblos mas antiguos, impulsados por un religioso sentimiento de veneracion y gratitud hácia el Ser Supremo.

Nosotros, respetando como se debe la opinion de los filósofos, en el fondo no destituida de verdad, creemos sea mucho mas sencilla la causa, y que la comprenda todo el mundo.

Es costumbre antiquísima felicitar á las personas el dia de su cumpleaños. Con este motivo lo general es que la persona felicitada obsequie á sus visitantes de alguna manera.

¿Y por qué este parabien? En él no hacemos mas que repetir lo que diariamente decimos á las personas conocidas. «Buen dia,» decimos al vecino todas las mañanas; y nos contesta en los mismos términos. Es decir: «Gracias á Dios que continuamos viviendo, que hemos vuelto á ver la luz.»

El dia del cumpleaños lo que hacemos únicamente es resumir estos 365 parabienes; en vez de un dia decir: «Gracias á Dios que hemos vivido un año mas.» Y con tal ocasion nada tiene de estraño que el pláceme sea mas espansivo, y que á él corresponda el agradecimiento.

Siempre ha sido y es hoy fiesta nacional el cumpleaños del rey ó del príncipe heredero en casi todos los pueblos monárquicos.

Solo diremos que estas fiestas nos agradarian mas si en tales dias no se cerrasen los establecimientos de enseñanza.

Los que no somos príncipes, ni mucho menos, solemnizamos suficientemente nuestro cumpleaños tomando café, almorzando ó comiendo de fonda, con los amigos de mas predileccion, segun la elasticidad de cada bolsillo. Y muchas veces nos contestamos con una afectuosa sonrisa y un apreton de manos.

Y á fe que en todas estas circunstancias no nos acordamos, ni del triste espectáculo del mundo, ni del paso mas que damos en la vida, y ni aun de la dicha ó infortunio que nos esperan.

Os aconsejamos, benévolos lectores, que á escepcion del obsequio á los amigos, que nos parece muy natural, pues al fin es resultado de la felicitacion que se nos da porque vivimos, sea del modo que sea, y nadie puede dudar, ni aun los mismos partidarios del suicidio, que la vida es un don preciosísimo, os aconsejamos no hagais diferencia entre el dia de que nos hemos ocupado y los demás del año, que no os desespereis mas ni os hagais mas ilusiones, que no alimenteis mas vuestras esperanzas ni tampoco las dejeis marcharse con mayor facilidad, porque ese dia se llame el del *cumpleaños*.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

RUSIA EN POLONIA.

(LEYENDA.)

—Imposible, señor, contestó suspirando el comisario.

—¡Imposible! Esa palabra no es rusa, repuso el general parodiando á Napoleon (el Grande.)

—Digo imposible, señor, porque si no son espíritus, esos hombres vagan en impenetrables tinieblas.

—En las tinieblas ha de ver la policía hasta un grano de pólvora.

—Yo veo á oscuras hasta un átomo de polvo de carbon, y no veo á ese maldito gobierno.

—¡Mil rayos! ¿Se inclinan vuestras sospechas hácia algun punto de la ciudad? Lo incendiaré á media noche para que nadie se salve.

—Si sospechara de media ciudad siquiera, no habria ya comité. Sospecho, señor, de toda la ciudad, de toda la comarca, de Polonia toda.

—¡Vive Dios!

—Hubo una pausa de silencio.

El general lo rompió otra vez, sin romper ahora otra cosa.

—Y ¿qué pensais hacer? interrogó.

—Pienso, señor, respondió el condenado á muerte, pienso ponerme en salvo... resignar mis facultades, si no es vuestra superior voluntad que me asesinen, señor.

—¡Qué os asesinen!

—Me asesinarán.

—Tomad escolta de mi misma guardia, que os acompañe por do quiera.

—Me asesinarán.

—Ejerced vuestras funciones, mandando desde el gabinete con guardia y centinelas como yo.

Me asesinarán.

—¡Sangre de Dios! Pero esos hombres...

—Son demonios, señor. Hoy han asesinado á otros dos de los individuos de mi mando... ¡En la plaza pública! ¡á la luz del sol! ¡entre un regimiento de dragones!... Y nadie ha visto al agresor. Ved si estaré yo seguro, una vez sentenciado á muerte.

En este punto se acercó á Mourawieff un edecan anunciando el mayor Kieff.

El bravo general, gobernador general, huyó instintivamente el cuerpo, tomando al edecan por un conjurado.

—¡Ah! ¿Es Kieff? Que entre Kieff, dijo, asentando mejor la silla, para cohonestar de algun modo su inconveniente sobresalto.

Luego despidió al comisario, dejándolo en libertad de obrar segun mejor le conviniera, si bien sintiendo la necesidad de privarse de su eficaz ayuda; porque es bien seguro, decia, que ha de resentirse el servicio de su magestad de la falta irreparable de un funcionario tan celoso, inteligente y digno.

El funcionario calló, no hallando nada que rectificar en este imparcial juicio, y el general continuó:

—La vénia teneis ya. No me es posible pagar á mas alto precio los servicios prestados, que con la sensible renuncia de los que pudiérais prestarme todavía.

El comisario siguió modestamente callando. La engurruñada piel de su feo rostro, se desengurruñó sobre una hinchazon de noble orgullo; hizo una profunda reverencia y partia ya, dejando olvidado sobre la mesa el papel de su sentencia de muerte.

El general se lo advirtió.

La piel del condenado se engurruñó otra vez.

XVIII.

LA FUGA.

> Y caerá muerto en medio de vosotros, para que sepais que yo soy el Señor.
> (Ezeq. 6—7.)

Resignado ya el mando, se ausentó cautelosamente de Varsovia el condenado, y sano y salvo y seguro, se confundió, se perdió, como él queria entre las gentes de otro pueblo, ciudad, cuyo nombre no escribimos, por ser tambien dificultuso.

Algun tiempo corrió.

Un dia andaba un hombre hendiendo la multitud por una de las calles de esta ciudad. Ni un recuerdo oscurecia su memoria, ni un remordimiento punzaba su conciencia, ni una gota de hiel amargaba su fria alma.

EL REY GHEZO DE DAHOMEY Y EL PRÍNCIPE REAL BAHADÚ.

Iba tan seguro, que olvidó hasta la palabra *peligro*, burlándose de todo lo pasado con una sonrisa de aparente bondad, parecida á la hipócrita espresion del gato.

Otro hombre enjuto por largas vigilias de pena; pálido, con esa palidez que no es debilidad, sino momentánea ausencia de la sangre, que fue toda junta á golpear el corazon; vestido de luto, como un hijo sin padres ó como un padre sin hijos, ó como un esposo sin mujer; este hombre iba detrás... detrás...

Un regimiento de rusos se arrastraba como sierpe inmensa á la desembocadura de la calle, cerrando naturalmente el paso á los transeuntes.

El gentío paró... creció... se amontonó.

La sierpe rusa acabó de arrastrar su larga cola.

Un hombre cayó en tierra. Y sirviendo de inevitable tropiezo, otro y otro y otro y cien hombres sobre él.

Fuéronse alzando en confusion y siguiendo su camino cada cual.

Todos, en fin, pasaron.

Uno solo quedó en tierra... ensangrentado, enlodado... muerto.

Ejecutada estaba la sentencia.

XIX.

EL SOUVENIR.

Y malditas tus reliquias.
Deut. 28—17.

No completaríamos estos detalles, si no estractáramos la conciencia, ó sea la cartera-souvenir del gran sicofanta, á lo menos en la parte referente á nuestra historia: es una curiosidad que ha de leerse con gusto.

¿Cómo fue sorprendido este secreto?

Cuando conducian á la autopsia el cadáver del ajusticiado, quedó abintestato en la calle alguna cosa, que no echaron de ver la autoridad ni sus agentes. La calle estaba desierta: los hombres no pasaban por alejar inculpaciones; las mujeres huian con asco de aquel charco de sangre que ni los perros lamian; los niños se ocultaban con horror de aquel cadáver de azufre, inflamándose ya al calor del mismo averno. Solamente un polaco enlutado y satisfecho por mas señas, observó el objeto simuladamente, avizorándolo todo desde el sombrío cancel de un fronterizo templo.

Luego que retiraron el cadáver, salió el avizor á la calle y despacio é indiferente la pasó; si bien en medio del tránsito halló, como al acaso, lo que fue esprofeso á poseer: el souvenir. ¡Asqueroso y feo hallazgo! Y sin embargo, precioso para el inventor, mas aun que si fuera el máximo diamante de la imperial joyería, diamante de luz, única con que diz que estudia el czar.

Nuestro incógnito, pues, recogió el souvenir; arrancó el verdisucio forro, que tiró lejos de sí con náuseas, y reservándose las maldecidas entrañas con cierta satisfaccion circunspecta, intraducible, desapareció despacio é indiferente, como quien fuera diciendo: ¿De quién será este librito?

Hé aquí ahora los apuntes que nos atañen. Los demás serán respetados.

H. Mackowiecki. Sosp. Vigil. inmed.

Visit. secret. Result. crimin. Desacat. Rusia publicam. en su casa. Pres. 3 complic. Mart. Pablo y Juan.

Regist.

Papeles.	Histor. Polon.
Armas.	6 cuchillos, etc.

H.	200
P.	100
M.	50
J.	25
	375

Orn. sup. cumplim. Libert. Vigil. inmed.

Prostitut. Irene Mackowiecki.
Se suicida ella misma. Prueba crim. carta let. suya. Archiv.

Crimin. Pablo Mackowiecki.
Jov. insubord. intrig. Vigil. inmed.

Desacat. armad. y birid. autorid. func. servic. pub. Fuga y rebeld.
† Marta y niño, 2 dias.

Prostitut. Marta Mackowiecki.
Encubrid. crimin. Resist. autorid. func. servic. pub. Prision.
Mujer feroz. Asesina hij. menor, y se suicid. ella misma veneno ocult. pomo sortija. Testig. Komboff, Brickeff, Zraroff, Gualsiwoff, Schwetzoff y Garschawkoff.

Crimin. Pablo Mackowiecki.
Captur. por dign. funcionar. Garschawkoff.
Palab. subversiv. Tortur. ultrag.
Muerte. orn. sup.

† Garschawkoff. Recomend. al General.

Crimin. Esteb. Zyelinski.
Pasquin. injur. cont. General. 4 ejemp. aleman, inglés, francés, italiano. 4 esquin. Plaza del Czar. Prision. Obstinac. Prueb. plen. Maestro de lenguas. Mano derecha. Parte. Pasado armas. Murió antes.

Los demás apuntes no nos pertenecen, pero no podemos resistir á la tentacion de copiar algunos de los mas característicos. Con permiso.

Marquesa Slaski y condesa Zwniuski.
Contravenc. orn. sup. sobre luto.
Inscritas padron prostitut. folio 59 vto.

Prostitut. Enriquet. Koutkouski.
Subviert. orn. pub. gritando al fusilar—crimin. Salustio su hijo.
Cort. pelo. 100 azot. Empadron. folio 60.

Orn. sup. «Serán confiscad. los bienes de las familias, cuyas mujeres subiertan el orn. pub. durante las ejecuciones de los criminales, sin perjuicio de las penas corporales á que haya lugar.»

Sospech. Ulrico Kazkowiski.
Desarme.

Revolver.	1
Baston daga.	1
12 cuchillos, etc.	36
Espuelas.	2
Total. . . .	40

Ciudadela. orn. sup.

Comis. confid.

Recibid. p. el servic. . . .		30,000
Gast. de espionage. .	16,623	30,000
X.	13,377	
		00,000

(¿Será K esa X?)

«Servicio público.—Interesantísimo. Gobierno legítimo, único soberano de Polonia.» ¡Oh blasfemia! El insolente fallo de ese pseudogobierno, que invocando la libertad me condena á muerte con escándalo de la moral y de las leyes, robustece mas mis principios de órden absoluto. La libertad es un monstruo que devorará á la Europa. ¡Muera ese monstruo! Pero contra ladrones y asesinos, no puede luchar con ventaja el hombre honrado: resigno, pues, mis facultades.

Me estrecha la mano el general, gobernador general, con la llaneza de un camarada. ¡Viva el heróico Mourawieff! Hace públicamente mi mencion honorífica y me da las gracias conmovido por mis servicios y...

(Relevantes méritos debia necesariamente decir en lo que destruyó una quemadura: la conciencia *souvenir* del condenado comenzó á arder ya, en contacto sin duda de algun tizon del infierno.)

Pudiéramos añadir mil apuntes mas pero hemos ofrecido respetarlos y cumplimos. Cerremos ya tan empecatada conciencia: basta de pecados.

XIX.

EPÍLOGO.

Cuatro palabras para concluir.

Rusia asesina á Polonia.

Rusia es el czar.

El czar cree que hace lo justo, porque sus agentes lo aplauden.

No.

Cuando Neron envenenó á su hermano le hizo creer su pueblo que habia salvado á Roma; cuando degolló á su mujer, proclamó á voces su justicia; cuando asesinó á su madre, besó de hinojos su mano parricida.

Rusia, pues, te aplaude.

Pero ¡oh czar! hasta Turquía te condena.

CECILIO NAVARRO.

FIN.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

A la res vieja alíviale la reja.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.